

de junio, leyóse, al parecer, 9 de julio; de ser así habría sido imposible retener durante tanto tiempo á los diputados, muy cansados de sus largos trabajos, muy molestados por los calores y muy deseosos de salir de Madrid; y de aquí el decreto que les autorizaba para regresar á sus provincias. Pero más verosímil parece atribuir la suspensión de sesiones á un cálculo de Prim, el cual quería aprovechar los meses de verano para ir, como de costumbre, á Vichy y ver al emperador, á quien expondría la gran crisis por que pasaba España, y luego, con aquellos miramientos insinuantes que tan buen resultado daban con Napoleón, aventuraría el nombre de Leopoldo, disimulando su origen prusiano bajo sus alianzas cosmopolitas. Presentaría el negocio como muy avanzado y después, poco á poco, se iría franqueando suavemente hasta acabar por confesar que estaba casi concluido del todo. Napoleón, cansado de toda complicación nueva, se resignaría, y de esta manera las Cortes encontrarían el terreno despejado, España quedaría satisfecha, Prusia triunfaría modestamente y Francia, aunque despejada, dejaría que las cosas siguiesen su curso. Aunque de ello no existen pruebas materiales, todas las circunstancias permiten creer que tal fué el plan concebido por el general Prim (1).

Este plan era de una habilidad refinada; pero aquella conducta había de exigir que hasta el último momento se guardara un silencio absoluto sobre toda la negociación. Mas no fué así, sino que á una intriga muy secreta iba á suceder una divulgación muy prematura. El 28 de junio Salazar regresó á su país triunfante, tanto que no supo disimular hasta el final su triunfo; antes al contrario, dió á entender que España había al fin encontrado lo que parecía imposible de hallar, á saber, un rey, y muy pronto se trasladó la noticia. Prim, que después de la suspensión de las Cortes había ido á descansar unos días en los montes de Toledo, volvió á Madrid en la noche del 1.º al 2 de julio, siendo recibido en la estación por dos amigos que le felicitaron efusivamente por la solución de la crisis. El general, estupefacto, les interrogó, y por ellos supo que desde hacía algunas horas el nombre del candidato corría por los círculos políticos; y al escuchar tan desdichada revelación, lejos de felicitarles, frunció el ceño, y estrujando violentamente uno de sus guantes, exclamó: «Trabajo perdido; candidatura perdida, y ¡quiera Dios que la cosa no pase de aquí!»

X

Nuestro representante en Madrid, Sr. Mercier de Lostende, observaba una actitud expectante y tenía como instrucciones generales respetar los votos de los españoles; pero esta reserva no era tanta que llegase hasta la indiferencia. Muy mal informado habría estado el embajador si no hubiese percibido algo de los rumores que circulaban; en efecto, el 2 de julio supo algo de lo que se decía, primero vagamente y después de un modo más concreto. ¡Había un candidato! Y este candidato era un Hohenzollern. Aquel mismo día comunicó un diputado que seguramente serían convocadas

(1) Véase Leonardón, *Prim et la question Hohenzollern (Revue historique*, noviembre-diciembre de 1900, págs. 300-301).

las Cortes y se procedería á la elección del monarca; y á la caída de la tarde tívose noticia de que acababa de reunirse un consejo de ministros. El Sr. Mercier, instintivamente alarmado, no quiso esperar al día siguiente para saber si aquellas noticias se confirmaban ó desmentían; así es que, aunque era ya muy tarde, fuese á ver á Prim.

Hacia un rato que estaba esperando en la antesala cuando se presentó el general. Sus modales, generalmente muy amables, parecían aquella noche revelar cierta inquietud. Después de los primeros saludos, reinó un silencio embarazoso; al fin Prim, como si tomara su resolución, dijo bruscamente al diplomático: «Venga usted, tengo que hablarle.» Y se lo llevó á su despacho.

En cuanto estuvieron allí, entró en materia: «Tengo que hablarle de una cosa que me temo que no será agradable al emperador.» Y añadió luego en tono insinuante: «Es preciso que usted me ayude para que aquél no la tome demasiado á mala parte.» Este exordio dejaba entrever la índole de la confianza. El general refirió detalladamente los sucesos ocurridos en España: «Ya conoce usted nuestra situación, le dije; no podemos prolongar indefinidamente este estado provisional. Usted sabe todo lo que he hecho para evitar las soluciones que pudieran no haber convenido al emperador; á poco que yo hubiese querido, habría sido elegido Montpensier, y por otra parte, no he cedido á ninguna de las insinuaciones que se me han hecho para atraerme á la causa de la República. Mi mayor deseo habría sido una combinación portuguesa ó, en defecto de ésta, italiana; y aun últimamente volví á la carga en Lisboa y en Florencia; pero todo ha sido inútil. Y, sin embargo, necesitamos un rey. Pues bien, en medio de nuestros apuros se nos propone uno en quien se juntan todas las cualidades apetecibles: es católico, de estirpe regia, tiene treinta y cinco años y dos hijos, vale mucho personalmente y es militar; además está casado con una princesa portuguesa, lo que dispondrá mucho los ánimos en favor suyo... Ya comprenderá usted que no puedo dejar escapar esta ocasión única.» Después de haber hablado en estos términos, Prim se interrumpió, y tras una pausa bastante larga, siguió diciendo en tono interrogativo y menos seguro: «¿Cómo cree usted que tomará el asunto el emperador?»

«No se puede tomar más que de una manera,» respondió bruscamente el Sr. Mercier, que había escuchado en silencio todo aquel discurso. Pero luego, mudando de parecer, añadió: «No tengo ningún derecho para comprometer en modo alguno el pensamiento del emperador; pero si usted me permite que le exprese mi sentimiento personal, no vacilaré en decirle que no puede usted adoptar un partido más grave y destinado á traer mayores consecuencias. En Francia, dada la disposición en que hoy están los ánimos, la elección de un príncipe de Prusia para el trono de España ha de causar necesariamente un efecto extraordinario; el sentimiento nacional verá en ello, délo usted por seguro, una verdadera provocación.»

Prim esperaba que el embajador formularía algunas objeciones, pero no una respuesta tan enérgica. Algo turbado, trató de poner en duda que aquella primera impresión hubiera de ser la definitiva, y añadió: «¿Qué

pueden temer ustedes? ¿Qué significa hoy en día una alianza monárquica? ¿Qué podrá hacer en nuestro país un príncipe extranjero, con una Constitución que es la más liberal de Europa y con un pueblo tan activo y tan independiente como el nuestro? Bien sabe usted que aun en la época de la monarquía más pura Luis XIV y su nieto estuvieron á punto de declararse la guerra.—Es cierto, replicó el Sr. Mercier; pero no lo es menos que en el caso de una guerra europea no tendríamos seguridad alguna en la frontera de los Pirineos si un príncipe prusiano ocupaba el trono de España.» Puesto en el trance de tener que explicarse acerca de las alianzas dinásticas, el embajador convino en que habían perdido una parte de su importancia, pero no hasta el punto de ser cosa indiferente ó desdeñable. Prim había hablado de Luis XIV; el embajador, apoyándose en ejemplos más recientes, recordó diversas circunstancias en las cuales Europa había pronunciado algunas exclusiones á fin de que ciertas familias reales no se engrandeciesen demasiado; así había sucedido en la cuestión de los matrimonios españoles, y en lo referente á los tronos de Bélgica y de Grecia. Volviendo á las susceptibilidades del espíritu nacional, dijo el Sr. Mercier: «Esta primera impresión, que usted cree que se desvanecerá, es de aquellas que nuestro gobierno querrá compartir siempre porque saldrá del corazón del país.—¡Dios mío!, exclamó Prim con alguna ligereza; todavía aceptaría yo las consecuencias por lo que se refiere á Francia; pero sentiría en extremo contrariar al emperador.—¿Y cree usted que en una cuestión como esta cabe establecer una distinción entre Francia y el emperador?—Entonces, ¡qué hacemos! Coja usted el *Almanaque Gotha* y procure encontrar en él un príncipe que pueda convenirnos. En cuanto á mí, no veo ninguno más; y sin embargo es menester que se apiaden ustedes de la pobre España.» Y en tono mitad de excusa y mitad confidencial añadió Prim: «Lo que me consuela es pensar que no soy yo quien ha inventado esta combinación; ni siquiera la he buscado, sino que han venido á ponérmela en la mano. Pero en la situación en que nos hallamos no puedo rechazarla. Por un momento creí que había abortado como las demás: todo había ocurrido tal como yo lo referí en las Cortes; pero de pronto me la vuelven á traer completamente preparada.» Luego, sin insistir más en este punto que habría sido muy instructivo ahondar, el general se esforzó en aplacar las resistencias francesas con la perspectiva de una solución no menos desagradable: «Si dejamos escapar esta ocasión, dijo, habremos de recurrir forzosamente á Montpensier ó á la República.—Pues bien, antes Montpensier.—¡Cómo! ¿Cree usted que el emperador preferiría Montpensier á un Hohenzollern?—No me lo ha dicho, pero estoy seguro de ello: el emperador ante todo es francés.» Tan enérgica afirmación pareció impresionar á Prim. A este diálogo siguió un largo silencio. Era muy entrada la noche y la entrevista tocaba á su fin. El general, que estaba muy emocionado, no ocultó cuánto le había costado aquella confidencia. «He estado dudando entre informar al emperador por mediación de usted ó de nuestro embajador en París, y he resuelto dirigirme á usted primero, porque conozco sus sentimientos y sé que evitará usted todo lo que pueda enconar la cuestión... Pero voy á escribir á

Olózaga para que entere al emperador. ¡Ah! Esta comisión será para él muy desagradable.» Después, acordándose de su propia situación, añadió con tristeza en parte sincera y en parte calculada: «¡Cuán cruel no es también para mí verme obligado á disgustar á ustedes después de haber puesto tanto cuidado en evitar toda causa de desavenencia entre nuestros dos países!»

Estas palabras fueron las últimas que pronunció el presidente del consejo. El Sr. Mercier regresó á la embajada, muy preocupado por lo que acababa de oír, y á toda prisa mandó llamar á uno de sus agregados, confióle algunos documentos y le ordenó que estuviera preparado á partir para París, á fin de tomar y traer las órdenes del emperador. Hecho esto, telegrafió á su gobierno la gran noticia. En Madrid, y en aquella noche del 2 de julio, acabábase de representar en el despacho de Prim la primera escena del drama cuyas peripecias se desenvolverían en los días siguientes.

XI

El 3 de julio llegó al muelle de Orsay el famoso despacho. El suceso requería ser estudiado con espíritu muy dueño de sí mismo y completamente libre de ilusiones, y con perfecto conocimiento de las debilidades que nos impedían mostrarnos excesivamente altivos. El duque de Gramont, que hacía poco se había encargado de la cartera de Relaciones exteriores, ¿era el hombre capaz de descubrir la intriga y de mantener la dignidad nacional sin peligro para la paz del mundo? Cabía dudarlo. El nuevo ministro de Negocios extranjeros había aprendido, en una carrera ya larga, la diplomacia y en despachos á veces muy notables habíase mostrado en ocasiones informador muy sagaz; pero nunca había practicado la política activa, la que debe ser respetuosa á la vez con el soberano, con las Cámaras y con la opinión, y había ignorado siempre las conturbadoras responsabilidades que impone un puesto en primera fila. Como había vivido lejos de su país, había guardado fielmente en su corazón la imagen de la Francia de otro tiempo; y como en su infancia había oído decir que ninguna patria superaba ni siquiera igualaba á la nuestra, había conservado piadosamente esta fe, sin que ninguna educación crítica ni ninguna costumbre de contrastar sus juicios le ilustrara acerca de los progresos de nuestros vecinos y acerca de nuestras propias debilidades. De ello resultaba un patriotismo ardiente, espontáneamente temerario, más explicable en un soldado que en un estadista. Una estancia de siete años en Austria había influido en el espíritu del duque; pero esta misma influencia había sido para él fuente de error más bien que de luz. Muy bien acogido por la alta aristocracia, á causa de su elevada alcurnia, había vivido en la intimidad de cortesanos y de militares que soñaban con el desquite de Sadowa; de modo que después de haber llevado á Viena la ilusión de la omnipotencia francesa, traía á París otra ilusión, la de la amistad austriaca. Unidas ambas ilusiones, ¡cuál no había de ser el desengaño! El Sr. de Gramont, aferrado á las máximas de la diplomacia tradicional, habíase como todos sus compañeros de carrera, lamentado de la unidad italiana y más aún de la unidad alemana; y esos lamentos, hijos de un espíritu juicioso, podían, si se desviaban,

transformarse en un peligro, sobre todo si inspiraban el deseo de buscar precipitadamente y costara lo que costase una compensación para Francia y una humillación para Prusia. Al subir al poder, el Sr. de Gramont había renunciado á toda idea belicosa y había motivos para contar con su leal palabra; mas, á pesar de estas afirmaciones, los que mejor le conocían no se sentían completamente tranquilos, tanto menos cuanto que se descubría en él cierta disposición altanera y presuntuosa, pronta é irritable, inexperta y soberbia, poco conveniente para una suerte precaria y para una política rodeada de emboscadas. Un día, en el mes de marzo de 1870, habiendo el Sr. Daru enviado al Sr. de Banneville un despacho importante sin haberlo sometido á la aprobación de sus colegas, Emilio Ollivier se había permitido reprender, bien que en términos afectuosos, este exceso de independencia; y en la misma carta en que iba la reprensión añadía: «Suponed que hay en el muelle de Orsay un *hombre menos seguro que vos*: ¿quién le impediría lanzarnos á una política de aventuras sin saberlo nosotros y contra nuestra voluntad (1)?» El señor Daru, con la fuerza que le daban su criterio y su saber, había podido hacer caso omiso de la reprensión; pero el Sr. de Gramont ¿no podía ser aquel hombre de *inteligencia menos segura*?

La comunicación del Sr. Mercier autorizaba á seguir varias conductas. Podía, ante una complicación tan temible, tomarse tiempo para reflexionar y antes de obrar completar la información; pero el temperamento del duque se amoldaba mal á estos aplazamientos. Cabía también dirigirse á Madrid, en donde se encontrarían los recuerdos de una amistad tradicional; mas el señor de Gramont era demasiado hidalgo para exigir al débil cuentas de aquello que podía imputar al fuerte. Detrás de España estaba la poderosa Prusia, y hacia Prusia se orientó inmediatamente el ministro.

Y se dirigió á ella, más que como hombre de Estado que procura desvanecer una mala inteligencia, como ofendido que quiere una reparación. Si desde un principio se deseaba involucrar en la cuestión al gabinete de Berlín, la prudencia aconsejaba atenuar, mediante una inteligente moderación de formas, el peligro de las explicaciones directas; que el ministro francés inspiróse, al parecer, en un criterio opuesto á este. Desde la primera comunicación, el emocionado laconismo del lenguaje revela los estremecimientos del alma; percíbase en ella una cuenta pendiente de rencores y de malos recuerdos durante mucho tiempo contenidos y próximos á desbordarse; y detrás de las palabras altaneras que se escapan se adivinan palabras irreparables que todavía se refrenan. La cólera se trasluce por los mismos esfuerzos bajo los cuales se disimula; diríase que se trata, no de una negociación diplomática, sino de los preliminares de un duelo, de algo como la escena de don Rodrigo y Gormaz en el segundo acto del *Cid*.

En el telegrama enviado á nuestro representante en Berlín, el Sr. de Gramont, después de haber hablado de la candidatura Hohenzollern, añadía: «No consideramos esta candidatura como cosa seria y creemos que la nación española la rechazará; pero no podemos ver sin cierta sorpresa que un príncipe prusiano trate de

(1) *Papiers de M. le comte Daru.*

sentarse en el trono de España.» El resto del despacho denotaba á la vez el estado de ánimo del ministro y la índole de las observaciones que esperaba le haría nuestro embajador: «Quisiéramos creer que el gabinete de Berlín es ajeno á esta intriga; pero, en el caso contrario, su conducta nos sugeriría reflexiones de un orden demasiado delicado para que pueda indicáros las en un telegrama. Sin embargo, no vacilo en deciros que la impresión es mala, y os encargo que os expreséis en este sentido. Espero los detalles que podáis darme sobre este desagradable incidente.» Así hablaba el Sr. de Gramont desde el primer momento y como *ab irato*. ¿Consultó el caso con sus colegas? De todos modos este despacho, que ya olía á guerra, fué expedido sin que de él tuviera conocimiento el que estaba al frente de los asuntos militares: en efecto, hasta el día siguiente, cuando llegó al Palacio Borbón, no supo el mariscal Leboeuf, por las conversaciones de los diputados, que acababa de surgir una nueva cuestión en Europa y que esta cuestión se denominaba la *cuestión Hohenzollern* (2).

Aquel telegrama inflamado, expedido á Berlín el día 3 de julio, corría el riesgo de no encontrar á nadie que pudiera contestarlo, por ser aquella la estación del año en que, según frase de Catalina II, los «cocheros de Europa se dan el lujo de viajar ó de estar enfermos.» El rey estaba en Ems; Bismarck en Varzin; y en cuanto al Sr. Benedetti había partido dos días antes para Wildbad. El primer secretario de la embajada, Sr. Le Sourd, fué quien descifró el despacho; y habiendo ido al día siguiente al ministerio de Relaciones exteriores, no encontró allí más que al subsecretario de Estado, Sr. de Thile; de modo que uno de los asuntos más trascendentales del siglo comenzó á ser tratado en una conversación entre dos subalternos. Por regla general, el Sr. de Thile era el hombre que no sabía nada y precisamente en esta ignorancia estaba su principal utilidad, porque gracias á ella daba á su jefe ocasión de eludir algún compromiso ó tiempo para calcular sus respuestas; pero en aquella circunstancia hubo en su modo de ser una ligera variación: «¿Venís para interpelarme?, dijo al Sr. Le Sourd. En este caso, antes de contestar tendré que tomar órdenes directamente del rey.—Vengo simplemente, repuso el encargado de Negocios francés, á daros cuenta de una noticia que ha causado en París, no quiero ocultárosllo, una impresión desagradable. Ante todo nos interesa saber si el gobierno prusiano ha permanecido ajeno á esta cuestión.» Al oír esto, el Sr. de Thile no pudo disimular cierto embarazo y hasta una ligera emoción; pero, serenándose muy pronto, contestó que el gobierno prusiano era completamente ajeno á la candidatura y que para él esta candidatura no existía. En cambio, se abstuvo de afirmar de un modo categórico que el gabinete prusiano hubiese ignorado la existencia y el resultado de las negociaciones. Después de haberse expresado en estos términos, el Sr. de Thile se calló y todo esfuerzo para hacerle abandonar aquella reserva fué vano. Aquel mismo día se recibió en París el telegrama en que se daba cuenta sumaria de la entrevista.

(2) Véase la declaración del mariscal Leboeuf en la *Enquête sur le 4 Septembre, dépositions des témoins*, tomo I, pág. 41.

Una actitud tan equívoca, tan poco digna de una gran potencia, habría producido gran irritación aun en un espíritu menos prevenido que el Sr. de Gramont. Preparábase una combinación que había de sentar á un príncipe prusiano en uno de los primeros tronos de Europa; y mientras tanto, en Prusia, el rey estaba tomando aguas, el primer ministro veraneaba en el campo, y el único á quien se podía abordar, el Sr. de Thile, permanecía silencioso como un centinela que cumple una consigna. Tampoco en París había nadie con quien pudiera hablarse del asunto. El Sr. de Werther, enviado de la Confederación del Norte, disponíase precisamente á ausentarse por algunos días como si quisiera substraerse á toda tentación de ser indiscreto; y en cuanto al embajador de España acreditado en las Tullerías, el Sr. Olózaga, como había sido cuidadosamente descartado de la intriga, había desde un principio desmentido la información.

Todo lo que en Berlín era silencio era actividad en Madrid: Prim se mostraba sumamente pesaroso de tener que disgustar á Francia; pero su pesar no llegaba al arrepentimiento, y seguía muy resueltamente su camino, no sin ofrecer toda suerte de excusas. Súpose que acababa de notificar á las autoridades militares la aceptación del príncipe, y poco después el Sr. Mercier comunicó que los ministros, reunidos en la noche del 4, habían decidido convocar las Cortes para el 20 de julio á fin de proceder á la elección de rey. En tales circunstancias era de temer, sin que pudiera tacharse el temor de quimérico, que, precipitándose los sucesos, se encontrara Francia de repente ante un hecho consumado; de aquí que con la excitación lamentable del duque de Gramont se mezclara una inquietud muy legítima; de aquí también que cierta celeridad hubiera de resultar simplemente prudencia, á condición de que no excluyera la moderación ni la sangre fría.

El 2 de julio, un despacho de la *Agencia Havas* había anunciado al público que aquel día se celebraría en Madrid un consejo de gobierno en el que se adoptarían importantes resoluciones; en la tarde del 3, otro despacho reveló sin más detalles la candidatura de Hohenzollern; pero era un domingo y la noticia no se propagó. Al día siguiente la Bolsa ofrecía el aspecto de los días tranquilos; y en el Palacio Borbón, aunque las conversaciones de los diputados denotaban cierto recelo, la mayoría de ellos no tardaron en calmarse, sea porque quisieran poner en duda el suceso, sea porque lo juzgasen de realización imposible. En la mañana del 5 llegaron los diarios extranjeros, cuyas apreciaciones pesimistas acentuaron la gravedad de la información, y entonces comenzó la gente resueltamente á inquietarse. Los especuladores se alarmaron y el papel bajó. En el entretanto, presentábase en el Cuerpo legislativo una demanda de interpelación «sobre la candidatura del príncipe Hohenzollern,» cuyo autor, el Sr. Cochery, sentábase en los bancos que limitaban el centro izquierdo y la izquierda, es decir, entre aquella porción de diputados más hostiles á toda idea belicosa. Si hemos de dar crédito á sus declaraciones posteriores, el señor Cochery se lisonjeaba de poder «refrenar» la política guerrera obligándola á quitarse la máscara. De modo que el gran acontecimiento iba á ser divulgado principalmente por iniciativa de los que más partidarios eran

de la paz, lo cual no sería una de las menores inconsecuencias de una época en que tantas habían de cometerse.

Mientras asomaban estos primeros signos de agitación, el Sr. de Gramont reclamaba el apoyo moral y los buenos oficios de Europa; pero los reclamaba con una acritud de lenguaje que perjudicaba un tanto á la legitimidad de sus agravios. En 5 de julio decía á lord Lyons, embajador de Inglaterra: «La aceptación es definitiva y lesiona nuestros derechos y ofende nuestro honor. No podemos tolerar una combinación que, en caso de una guerra con Prusia, nos obligaría á inmovilizar un cuerpo de ejército en la frontera de España. Nada nos parecerá demasiado, prosiguió con animación, para impedir semejante plan.» Luego añadió con más calma: «Contamos con el concurso del gobierno de Su Majestad la Reina (1).» El mismo día, habiéndose presentado en el palacio del muelle de Orsay el príncipe de Metternich, embajador de Austria, fué recibido por el ministro con lenguaje muy parecido al que éste había empleado con lord Lyons: «Mucho me place veros, díjole el duque; llevo de Saint-Cloud, en donde hemos celebrado un consejo muy agitado. ¿Sabéis lo que pasa?—Supongo que querréis hablarme de la candidatura prusiana.—¡Ah!, replicó Gramont; es un asunto de gran importancia.» Y con una firmeza en que se mezclaba cierta emoción, añadió: «No será; nos opondremos á ello por todos los medios, aunque hubiera de resultar de ello la guerra con Prusia... El golpe está dado, y aun cuando se cediera, resultaría del incidente la prueba de una malevolencia que difícilmente olvidaríamos.» Pero al fin el ministro se suavizó: «El Sr. de Beust, dijo al terminar, hará bien en trabajar en Berlín para que en interés de la paz se aconseje al príncipe Leopoldo que retire su candidatura (2).»

El duque de Gramont, que era tan pronto en hablar como en escribir, escribió el mismo día al general Fleury que estaba en San Petersburgo: «Si Prusia insiste en el advenimiento del príncipe Hohenzollern, habrá guerra (3).» Unos procedimientos tan perentorios desconcertaban al mundo diplomático. La justicia de nuestro derecho aparecía con toda la claridad de la evidencia, y el gabinete de Berlín no podía alegar ligereza ni ignorancia, pues Bismarck no era de esos hombres ingenuos que son descortesés ó pérfidos sin saberlo; el golpe parecía premeditado y, en la sombra en que se había ocultado, tomaba toda la apariencia de una sorpresa traidora. Si todavía existía una Europa, el deber de las potencias era hacer abortar la intriga, sin escándalo superfluo, pero con energía decisiva. Pero después de haber pensado de esta suerte, los diplomáticos sentíanse invadir por una impresión de turbación y perplejidad: aquel ardor extraordinario en denunciar la intriga ¿no ocultaba acaso el propósito de aprovecharse de la contienda más bien que de apaciguarla? Según todas las apariencias, la labor habría de ser doble, y después de

(1) Despacho de lord Lyons á lord Granville, 5 de julio de 1870 (*Correspondence respecting the negotiations preliminary to the war between France and Prussia*, pág. 1).

(2) Despacho del príncipe de Metternich al conde de Beust, 8 de julio de 1870.

(3) Despacho del duque de Gramont al general Fleury, 6 de julio de 1870 (*La France et la Russie en 1870, d'après les Papiers du general Fleury*, pág. 117).

haber conseguido, á costa de grandes esfuerzos, que Prusia cediese, sería preciso emplear un esfuerzo análogo para calmar al que se decía ofendido.

A todo esto, el embajador prusiano, Sr. de Werther, se disponía, como hemos dicho, á ir á Ems, con el pretexto de ofrecer sus respetos al rey; y el Sr. de Gramont, que le conocía desde hacía mucho tiempo por haber sido colega suyo en Viena, aprovechó la ocasión para rogarle que transmitiese á su gobierno todo lo que el día antes se había negado á escuchar el Sr. de Thile. En aquella entrevista, en la que la aspereza de las ideas se dulcificaba bajo las fórmulas de la amistad, el ministro le expuso los peligros de una combinación hispano-prusiana, le hizo ver el perjuicio y la humillación que esto causaría á Francia, y por último, dejando á un lado todo rodeo, no ocultó que su gobierno, antes de ceder, no retrocedería ante ningún extremo. El Sr. de Werther, que era hombre de claro talento, escuchó al duque con triste gravedad, y sin entrar en una discusión que sus instrucciones no le autorizaban á entablar, prometió transmitir al rey, su soberano, todo cuanto aquél le había dicho. Poco después, á las cinco de la tarde, el embajador partía en el expreso de Alemania; y mientras se dirigía á la estación, pudo observar, en aquella tarde del 5 de julio, cómo los transeuntes atareados se disputaban los diarios en los quioscos de los bulevares y comentaban con animación las noticias. Eran los primeros síntomas de la agitación irritada que del alma de los gobernantes pasaba al alma de la nación. Al día siguiente supo en Ems por el Sr. de Werther lo que la candidatura de Hohenzollern costaría á Francia y á Prusia en caso de que no fuera retirada; y al interés con que fueron allí acogidas las manifestaciones del diplomático, mezclóse tal vez en algunas almas una secreta esperanza: aquel ministro tan excitado, aquel pueblo que comenzaba á proceder como el ministro, ¿no presagiaban, por ventura, exageraciones ó imprudencias que empañarían la claridad del derecho? Los temerarios arrebatos de Francia iban á facilitar á Prusia una carta afortunada para su juego singularmente enredado y equívoco. ¡Y cuán temible no había de ser esta carta en manos de Bismarck!

XII

El 6 de julio era el día fijado para discutir la interpelación del Sr. Cochery, y los diarios de la mañana anunciaron el debate, adornando la noticia con comentarios en los que asomaba ya una nota belicosa. A medida que fué avanzando el día, formáronse grupos en los alrededores del Palacio Borbón y mucho antes de la hora de comenzar la sesión llenáronse las tribunas sin que en ellas quedara un solo sitio vacío. La expectación era grande, sobre todo entre los diplomáticos. La víspera había habido recepción en la cancillería, y durante la misma Emilio Ollivier, hablando con el embajador de Inglaterra, había protestado calurosamente de sus buenos sentimientos hacia Alemania, pero declarando, como el Sr. de Gramont, que ni el gobierno ni la nación tolerarían la empresa prusiana. «Nuestra declaración, había dicho aludiendo al debate del día siguiente, será moderada;» pero en seguida, rectificándose, añadió: «Será tan moderada como lo permite el

espíritu público (1).» Este lenguaje autorizaba á un tiempo mismo el temor y la esperanza. ¿Atravesábase simplemente una crisis? ¿Se caminaba, por el contrario, hacia un conflicto?

El consejo, en tanto, deliberaba en Saint-Cloud, pero en condiciones muy desfavorables para dominar y dirigir tan grandes acontecimientos. El señor de Gramont, que hacía apenas un mes que se instalara en el muelle de Orsay y que apenas había podido ponerse en contacto con su ministerio, encontróse metido de improviso en la más peligrosa de las complicaciones, de lo cual resultaba un estado de ánimo impresionable que trataba de engañar á los demás y de engañarse á sí mismo bajo el disfraz de una confianza prestada. Los ministros secundarios eran casi todos buenas personas, de sólido saber, de probada prudencia, y, considerados aisladamente, hombres pacíficos en grado sumo; pero hasta entonces habían permanecido ajenos á la política general y, en parte por modestia, en parte por incompetencia, tendían á aceptar, sin comprobarlas mucho, informaciones facilitadas algo sumariamente; por esto había motivos para conjeturar que muchos, obedeciendo á una reserva por demás sensible, no se atreverían á extremar las objeciones que les sugería su buen sentido. Estos peligros, sin embargo, hubieran podido conjurarse en parte si el gabinete hubiese tenido un presidente reconocido en quien se encarnaran virilmente las responsabilidades. En este punto, el ministerio del 2 de enero ofrecía una de sus mayores singularidades: en efecto, para los debates parlamentarios aceptaban un jefe, Emilio Ollivier, á quien nadie habría igualado ó substituído; en cambio, para la gestión de los negocios no querían admitir ninguna primacía. La consecuencia de esto era una solidaridad más aparente que real, varias buenas voluntades yuxtapuestas más bien que fundidas, y una especie de independencia concedida á los ministros especiales para comprometerse en la esfera de sus departamentos, lo cual motivaba deliberaciones concienzudas, pero falseadas, que versaban sólo sobre cuestiones ya debatidas. A falta de primer ministro, habría correspondido al emperador elevarse por encima de sus consejeros é imprimir á la política el impulso director; pero el príncipe, físicamente debilitado y moralmente abatido, no levantaba la carga de los negocios sino para dejarla caer de nuevo pesadamente. Los ataques de la enfermedad que había de llevarle al sepulcro revestían cada vez mayor gravedad: la indiscreta publicación de los *Papeles de las Tullerías* ha revelado que tres días antes, el 3 de julio, habíase celebrado en palacio una consulta de médicos que había aconsejado una pronta y seria exploración quirúrgica (2). Además las voluntades que manifestase el monarca ¿serían realmente las suyas propias? En aquellos días pudieron observarse en el palacio de Saint-Cloud los síntomas, débiles todavía, de una agitación que no tardaría en aumentar, de una presión que se ejercería hasta sobre el soberano. Militares, cortesanos, bonapartistas autoritarios, todos comenzaban á protestar contra las concesiones, á declarar intolerables las ambiciones prusianas y necesaria la

(1) Despacho de lord Lyons al conde Granville, 7 de julio de 1870.

(2) *Papiers des Tuileries*, tomo II, págs. 59-61.

guerra; de este modo se iría formando, sobre todo entre los íntimos de la emperatriz, un partido que se apoyaría en los sentimientos de Gramont para ir aún más allá que éste mismo, y que imperiosamente arrastraría al ministro si algún día se le antojaba vacilar ó arrepentirse.

De la resolución que se adoptara en aquel consejo podía salir la guerra; de aquí que se interrogara al general Lebœuf, el cual prometió para el ejército regular una fuerza real disponible de 300.000 hombres, de los cuales 250.000 podrían estar enteramente organizados en quince días, y los otros 50.000 ocho ó diez días después (1). En una nota entregada al emperador, Lebœuf consignó cifras más elevadas y se comprometió á poner en pie de guerra, en dos semanas, 350.000 hombres (2). A este efectivo añádase la guardia móvil; y aunque el ministro convino en que en la mayor parte del territorio aquella fuerza no existía más que en el papel, por una ilusión poco excusable, habló de 120.000 hombres disponibles para una primera movilización (3). ¿Hablaron los ministros de las alianzas? Según parece, contaron con las simpatías de Italia, con la neutralidad de los Estados del Sur y con el apoyo, á lo menos moral, de Austria (4).

Después de estas explicaciones ocupóse el consejo de fijar los términos del manifiesto, que sería la respuesta á la interpelación Cochery. Según los recuerdos algo confusos del mariscal Lebœuf (5), el proyecto presentado por el Sr. de Gramont fué primeramente suavizado en vista de las observaciones del emperador, pero restablecido luego en su primitiva forma cuando, al llegar los ministros al Palacio Borbón, se enteraron del estado de excitación en que se encontraban el Cuerpo legislativo y el público. Posteriormente el Sr. de Gramont ha protestado enérgicamente contra este reproche de alteración y su declaración hállase confirmada por el testimonio de tres de sus colegas, á saber, Emilio Ollivier, el Sr. Chevandier de Valdrôme y el Sr. Louvet (6). Parece cierto que la redacción primitiva, discutida en consejo, fué aceptada sin modificaciones importantes y adoptada por unanimidad, por más que varios ministros la encontrarán demasiado decisiva y perentoria (7). Una vez acordado el texto, el ministro de Negocios extranjeros mandó sacar copia de él y se guardó (son sus propias palabras) de añadirle siquiera una coma (8).

A las dos, el presidente del Cuerpo legislativo, señor

(1) *Deposition Lebœuf*, pág. 41 (*Enquête parlementaire sur le 4 septembre*).

(2) *Les Forces militaires de la France*, por M. de la Chapelle, página 79 (folleto inspirado por el emperador).

(3) *Deposition Lebœuf*, pág. 41.

(4) *Papiers de M. Plichon*.

(5) *Enquête sur le 4 Septembre, déposition du maréchal Lebœuf*, pág. 46.

(6) *Papiers et correspondance de M. Chevandier de Valdrôme*. — *Papiers de M. Louvet*.

(7) *Papiers de M. Louvet*.

(8) *Enquête sur le 4 Septembre, déposition du duc de Gramont*, tomo I, págs. 96 y 111.

Respecto de ese consejo del 6 de julio no creo deber fijarme en un relato muy circunstanciado y muy detallado que publicó *L'Indépendance belge* de 6 de mayo de 1874, según el cual, el texto de la declaración elaborado en el ministerio de Negocios extranjeros era muy moderado, casi pacífico, pero fué completamente modificado en sentido belicoso por iniciativa del emperador, so-

Schneider, abrió la sesión. El Sr. de Gramont, que al regresar de Saint-Cloud había tenido que ir al palacio del muelle de Orsay, no había llegado aún. Mientras se le esperaba, pensóse en seguir discutiendo la orden del día, es decir, los presupuestos; pero ¿quién se habría resignado á escuchar? La sesión estuvo suspendida durante un cuarto de hora, permaneciendo en este rato la Cámara en una especie de inacción ansiosa y febril. La curiosidad, que era inmensa en todos los bancos, transformábase en los de la derecha en una sobreexcitación extraordinaria. Al fin compareció el



El general Lebœuf

ministro de Negocios extranjeros, quien, en medio de un silencio solemne, subió á la tribuna y leyó la siguiente declaración:

«Señores:

»Vengo á contestar á la interpelación presentada ayer por el honorable Sr. Cochery.

»Es cierto que el general Prim ha ofrecido al príncipe Leopoldo de Hohenzollern la corona de España y que este último la ha aceptado; pero el pueblo español no ha manifestado todavía su voluntad, y nosotros todavía no conocemos los detalles de una negociación que nos ha sido ocultada. Por estas razones una discusión no conduciría ahora á ningún resultado práctico; de aquí, señores, que os pidamos que la aplacéis.

bre quien recaerían, de ser cierto, las más graves responsabilidades. Esta relación, que llamó mucho la atención en la época en que se publicó, me parece, mientras no haya prueba en contrario, indigna de crédito. En primer lugar se basa en documentos cuya procedencia no se quiere indicar; y en segundo, se compagina muy mal con el carácter del emperador, que, aunque muy descontento de los procedimientos prusianos é influido por la corte, más bien deseaba el apaciguamiento que las complicaciones. Además se contradice formalmente con los recuerdos muy concretos de uno de los asistentes. El Sr. Louvet, cuyo testimonio merece una confianza absoluta porque era la rectitud y la integridad mismas, ha escrito sobre este particular: «*L'Indépendance belge* no ha tenido reparo en afirmar que el emperador había contribuído á que se acentuara la declaración en sentido belicoso. Esta afirmación es absolutamente contraria á la verdad.»